

DE DIOS, CON AMOR

Por Kenneth H. Wood

«El que no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor» (1 Juan 4:8).

«Toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces, en quien no hay cambio ni sombra de variación» (Santiago 1:17).

Estos pasajes de las Escrituras presentan dos grandes verdades acerca de Dios. La primera es que Dios es un Dios de amor. La segunda surge de la primera: Dios da dones, no solo dones ordinarios, sino dones «buenos» y «perfectos».

Satanás se ha esforzado por oscurecer la verdad acerca de Dios. A lo largo de los siglos y en cada parte del mundo ha presentado a Dios como un Dios de ira, un Dios que quiere dañar a Sus hijos terrenales, un Dios que observa cada uno de sus movimientos para sorprenderlos en algún error y castigarlos. Lo ha retratado como alguien mucho más interesado en la justicia que en la misericordia. Pero esta es la verdad acerca de Dios:

«Si pudiéramos llenar el océano con tinta, y fueran los cielos de pergamino,

Fuera cada tallo en la tierra una pluma, y cada hombre un escriba de oficio;

Escribir el amor de Dios arriba agotaría el océano;

Ni podría el rollo contenerlo todo, aunque se extendiera de cielo a cielo».

—F. M. Lehman.

Más de lo que lo hacemos, necesitamos pasar tiempo enfocándonos en nuestro Padre celestial como un Dios de amor. Necesitamos tener claridad en nuestras propias mentes acerca de por qué Dios nos observa. Él nos observa de cerca no para juzgarnos, sino porque nos ama y se interesa en nuestro bienestar. Se dice que cuando Isaac Watts era apenas un niño, visitaba el hogar de una anciana cristiana que le pidió que leyera un texto bíblico enmarcado que colgaba en la pared. El texto era Génesis 16:13 según la versión del Rey Jaime: «Tú, Dios, me ves». Después de que Watts lo leyó, la santa mujer dijo: «Cuando seas mayor, la gente te dirá que Dios siempre te está observando para ver cuándo haces lo malo, a fin de castigarte. No quiero que lo pienses de esa manera. Quiero que te lleves el texto a casa y recuerdes toda tu vida que Dios te ama tanto que no puede quitar sus ojos de ti».

Estoy agradecido de que mi propia madre tuviera este concepto. Una vez, en mi temprana infancia, fui a ella llorando con el comentario: «¡Temo que nunca llegaré al cielo!». Ella me tomó en

sus brazos y me habló del amor de Dios. Luego dijo: «No pienso en Dios como Alguien que está tratando de mantener a la gente fuera del cielo. Pienso en Él como Alguien que está tratando de dejar entrar a todos los que posiblemente pueda». Sí, aunque Él es un Dios de justicia, también es un Dios de misericordia. Él es un Dios de amor.

A Dios Le Encanta Dar

Y porque Él es un Dios de amor, le encanta dar. En el Sermón del Monte, Jesús dijo: «Si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le pidan?» (Mat. 7:11). ¡Qué comparación tan comprensible! ¡Qué fácil es identificarse con ella! Los padres disfrutan encontrar «el regalo perfecto» para sus hijos, especialmente para los pequeños. Sus corazones saltan de placer cuando sus hijos rasgan los brillantes envoltorios y gritan de alegría al ver el regalo. Usando esta experiencia gozosa como base, Jesús continuó: «¿Cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le pidan?». Verdaderamente, Dios da «a los que le piden». Pero hace más. ¡Él da algunos dones a todos! Jesús destacó esto cuando dijo: «Vuestro Padre que está en los cielos... hace salir su sol sobre malos y buenos, y hace llover sobre justos e injustos» (Mat. 5:45).

¡Dios es un dador! Todo lo que tenemos, ya sea poco o mucho, nos ha llegado como un don de Dios. El apóstol Pablo lo destacó bien cuando escribió: «Nada hemos traído a este mundo» (1 Tim. 6:7). Y David, el salmista, declaró: «De Jehová es la tierra y su plenitud» (Sal. 24:1).

Me gusta la historia de la niña que le dijo a una amiga mayor que iba a comprarle a su padre un par de zapatillas para su cumpleaños. «¿Dónde conseguirás el dinero?», preguntó la amiga. Abriendo mucho los ojos, la niña respondió: «¡Pues papá me dará el dinero!». Y así es con nosotros. Recibimos todo de Dios. Nada es verdaderamente nuestro. Nuestro «dar» a Dios es meramente «devolver».

«Te damos solo lo tuyo,

Sea cual sea el don;

Todo lo que tenemos es solo tuyo,

Un encargo, oh Señor, de ti». —Seleccionado.

Elena White nos dice que Dios «nos colma de sus beneficios. Le somos deudores por la comida que comemos, el agua que bebemos, la ropa que vestimos, el aire que respiramos... Él es un benefactor y preservador generoso.

«El sol que brilla sobre la tierra y glorifica toda la naturaleza, la extraña y solemne luz de la luna, las glorias del firmamento, tachonado de brillantes estrellas, los chubascos que refrescan la tierra y

hacen florecer la vegetación, las cosas preciosas de la naturaleza en toda su variada riqueza, los árboles altivos, los arbustos y las plantas, el trigo ondulante, el cielo azul, la tierra verde, los cambios del día y la noche, las estaciones renovadoras, todo habla al hombre [nosotros] del amor de su [nuestro] Creador». —*Consejos sobre Mayordomía*, p. 17.

Otros Dones

Sin lugar a dudas, el don que la mayoría de las personas aprecian por encima de todos los demás es el don de la vida misma. De este don escribió Elena White: Los jóvenes «están reteniendo el don de la vida de Dios. Él hace latir el corazón; Él da fuerza a cada facultad» (*El Hogar Adventista*, p. 497). Este precioso don Dios nos pide que le devolvamos. Su invitación es: «Hijo mío, dame tu corazón; lo guardaré puro; satisfaré sus anhelos con verdadera felicidad» (ibíd.).

En *Los Hechos de los Apóstoles* (p. 71), Elena White menciona otros dones: «dinero, tiempo, influencia», todos los cuales deben usarse «como un medio para avanzar la obra del evangelio».

Dos de los dones de Dios fueron otorgados por primera vez a la raza humana en el Edén: el sábado y el matrimonio. Del matrimonio como don, la Sra. White ha escrito: «Como cualquier otro de los buenos dones de Dios confiados a la custodia de la humanidad, el matrimonio ha sido pervertido por el pecado; pero es el propósito del evangelio restaurar su pureza y belleza». —*El Hogar Adventista*, p. 100. Y del sábado dice: «Fue un don para toda su [de Adán] posteridad». —*Sermons and Talks*, vol. 1, p. 233. Todo creyente que comprende y abraza las muchas dimensiones espirituales de la verdad del sábado dará la bienvenida a su aparición semanal como un don de amor del Creador y Redentor de la familia humana. Atesorarán sus horas sagradas como una oportunidad invaluable para conocer mejor al gran Dios del universo y a Su Hijo que murió por ellos en la cruz.

En este tiempo final de la historia del mundo, uno de los dones especiales de Dios es el mensaje triple de Apocalipsis 14. De este don, la sierva de Dios declara: «Sabíamos que esta luz presente era el don especial de Dios. La impartición de este don era la prerrogativa de Dios». —*Mensajes Selectos*, tomo 2, p. 110. Encarnado en este don está el evangelio eterno, el mensaje de la hora del juicio, el verdadero sábado y un llamado a separarse de las tradiciones y la confusión de la Babilonia moderna (Apoc. 18:4). ¡Qué gran don es este! Es un don no solo para recibir y disfrutar, sino para compartir con el mundo entero.

El Mejor Don de Dios

En esta visión general de los dones de Dios, coloquemos ahora el don de Jesús en su lugar legítimo: en la cima. Este es el don que revela las dimensiones infinitas del amor de Dios. «De tal

manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, mas tenga vida eterna» (Juan 3:16).

Si un niño pequeño le pregunta a su madre o padre: «¿Cuánto me amas?», el padre a veces responde extendiendo ambos brazos y abriéndolos lo más posible, diciendo: «¡Tanto!», seguido de un abrazo y un beso. Pero cuando nosotros, como una raza perdida de pecadores, le preguntamos a Dios cuánto nos ama, Él señala a Jesús muriendo en agonía en la cruz, y dice: «¡Tanto!». «El don de Cristo revela el corazón del Padre. Testifica que, habiendo emprendido nuestra redención, no escatimará nada, por muy querido que sea, que sea necesario para la culminación de la obra». —*Consejos sobre Mayordomía*, p. 14.

«El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?» (Rom. 8:32).

En un mensaje instando a los cristianos a recordar en la temporada navideña «los ricos dones que la Providencia ha derramado tan generosamente», Elena G. de White instó a que, por encima de todo, «recordaran el inapreciable Don del querido Hijo de Dios. Aquí hay un tema inagotable para la reflexión». —*Signs of the Times*, 8 de diciembre de 1887.

Para mí, uno de los pasajes más conmovedores de todos los escritos de la Sra. White es su descripción de Cristo en la cruz. Después de relatar el hecho de que Jesús había sido arrestado a medianoche en Getsemaní, «arrastrado de un lado a otro, del palacio al tribunal, . . . escarnecido, azotado y condenado», escribió: «El cielo contempló con dolor y asombro a Cristo colgado de la cruz, la sangre fluyendo de sus sienes heridas, y el sudor teñido de sangre sobre su frente. De sus manos y pies caía la sangre, gota a gota, sobre la roca perforada para los pies de la cruz. Las heridas hechas por los clavos se abrían mientras el peso de su cuerpo se tensaba sobre sus manos. Su respiración laboriosa se volvió rápida y profunda, mientras su alma jadeaba bajo el peso de los pecados del mundo. . . . ¡Qué espectáculo para el universo celestial!» —*El Deseado de Todas las Gentes*, p. 760.

Pero del Don de la vida y muerte de Jesús surgió otro gran don: la justificación para los pecadores arrepentidos. «Cristo, al venir a la tierra como hombre, vivió una vida santa y desarrolló un carácter perfecto. Estos los ofrece como un don gratuito a todos los que quieran recibirlos. Su vida está en lugar de la vida de los hombres. Ellos tienen remisión de los pecados pasados, por la paciencia de Dios. Más aún, Cristo imparte a los hombres los atributos de Dios. Edifica el carácter humano según la semejanza del carácter divino, una hermosa estructura de fuerza espiritual y belleza. Así, la justicia misma de la ley se cumple en el creyente en Cristo». —*Ibid.*, p. 762.

Y, aunque parezca increíble, Dios ama a Sus hijos terrenales redimidos tanto como ama a Su propio Hijo. Jesús lo dejó claro en Su oración final a Su Padre en Getsemaní cuando dijo: «Los has amado a ellos como también me has amado a mí» (Juan 17:23).

Dones Espirituales

Cuando Jesús regresó al cielo, ¿dejó Dios de amar a Su pueblo? ¿Dejó de darles dones? No. Pero además de los innumerables dones que ya había otorgado, dio un tipo especial de dones: los dones del Espíritu, dones a menudo denominados dones espirituales. En Primera de Corintios 12, el apóstol Pablo escribió: «No quiero, hermanos, que ignoréis lo concerniente a los dones espirituales» (v. 1, NVI). Luego, en el versículo 11, dijo: «Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere» (NVI).

«Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros» (Efesios 4:11, NVI). El propósito de los dones era «a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo» (v. 12, NVI).

En este mismo capítulo —Primera de Corintios 12— el apóstol compara a la iglesia con un cuerpo. Declara que la iglesia es el cuerpo de Cristo (vs. 12, 27) y que cada persona en la iglesia es importante, así como cada parte del cuerpo humano es esencial. Declara que Cristo es la Cabeza (Efesios 4:15) y que cada miembro cumple un papel esencial para que el cuerpo funcione con éxito. La obra que cada miembro debe realizar es determinada por el Espíritu Santo. El «Espíritu hace todas estas cosas, repartiendo a cada uno en particular como él quiere» (1 Corintios 12:11).

«Ahora bien, hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo. Y hay diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo. Y hay diversidad de actividades, pero es el mismo Dios el que hace todas las cosas en todos. Pero a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho. Porque a uno es dada por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia según el mismo Espíritu; a otro, fe por el mismo Espíritu; a otro, dones de sanidades por el mismo Espíritu; a otro, el hacer milagros; a otro, profecía; a otro, discernimiento de espíritus; a otro, diversos géneros de lenguas; a otro, interpretación de lenguas» (vs. 4-10).

Observemos dos hechos: 1) Estos dones espirituales no son meramente talentos naturales que vienen por herencia física, y 2) el Espíritu Santo decide quién ha de recibirlos. El Espíritu puede tener en cuenta las aptitudes o habilidades naturales de aquel sobre quien se ha de otorgar el don espiritual, pero no necesariamente. El Espíritu conoce las necesidades generales del cuerpo, la iglesia de Cristo, y toma la decisión basándose en esa necesidad. El caos resultaría si los dones espirituales se distribuyeran al azar o en respuesta a una petición personal. El cuerpo humano no es todo ojos, oídos,

brazos o piernas. Tampoco el cuerpo de la iglesia puede ser todo pastores, administradores, sanadores o profetas.

El Don de Profecía

Como ya hemos señalado, el don de profecía se encuentra entre los dones otorgados por el Espíritu Santo (1 Corintios 12:10, 28; Efesios 4:11). La importancia de este don se hace evidente cuando recordamos que en los tiempos del Antiguo Testamento los profetas eran llamados «videntes». Esto se menciona en Primera de Samuel 9:9: «Antiguamente en Israel cualquiera que iba a consultar a Dios, decía así: Venid y vamos al vidente; porque al que hoy se llama profeta, entonces se le llamaba vidente» (NVI). Usando la ilustración de Pablo, podríamos decir que los profetas son los ojos de la iglesia, que es el cuerpo de Cristo. Ellos ven lo que otros no ven. Ven detrás de escena en el gran conflicto entre Cristo y Satanás. Ven los peligros de las falsas doctrinas y los falsos maestros, y al revelar los planes de Satanás, capacitan a la iglesia para evitar la retirada o la derrota. No es de extrañar que los escritos de los profetas contengan a menudo la expresión: «Yo vi». Como escribió el profeta Amós: «Porque no hará nada el Señor Dios, sin revelar su secreto a sus siervos los profetas» (Amós 3:7).

Las Escrituras abundan en incidentes que revelan cómo Dios ha dado a Sus profetas «ojos» especiales, y ha obrado a través de estos mensajeros inspirados para el beneficio de Su pueblo. En los días de Eliseo, el rey de Siria estaba haciendo guerra contra Israel. Con la esperanza de tender una emboscada al rey de Israel, «consultó con sus siervos, diciendo: En tal y tal lugar estará mi campamento» (2 Reyes 6:8). Pero el profeta envió una advertencia al rey: «Guárdate de no pasar por tal lugar, porque allí descienden los sirios» (v. 9).

Varias veces los planes secretos y malvados del rey de Siria fueron frustrados de esta manera por Eliseo. «Y el corazón del rey de Siria se turbó en gran manera por esto; y llamando a sus siervos, les dijo: ¿No me haréis saber quién de los nuestros está de parte del rey de Israel? Entonces uno de sus siervos dijo: No, rey señor mío; sino Eliseo, el profeta que está en Israel, el cual dice al rey de Israel las palabras que tú hablas en tu cámara más secreta» (vs. 11, 12). ¡Qué bendición fue para el pueblo de Dios tener un vidente! Y entre los dones espirituales prometidos a la iglesia de este lado de la cruz, el don de profecía es uno de los más valiosos.

El testimonio profético se vuelve cada vez más importante a medida que la iglesia se acerca a la crisis final del mundo. El Revelador Juan describió el ataque de Satanás contra la iglesia diciendo: «Entonces el dragón se llenó de ira contra la mujer; y se fue a hacer guerra contra el resto de la descendencia de ella, los cuales guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de

Jesucristo» (Apocalipsis 12:17). De este tiempo Jesús dijo: «Porque se levantarán falsos Cristos, y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos» (Mateo 24:24).

«Los que se esfuerzan por obedecer todos los mandamientos de Dios serán opuestos y ridiculizados. Solo pueden sostenerse en Dios. Para soportar la prueba que tienen delante, deben comprender la voluntad de Dios tal como se revela en Su Palabra; solo pueden honrarlo si tienen una concepción correcta de Su carácter, gobierno y propósitos, y actúan en consecuencia. Solo aquellos que hayan fortalecido su mente con las verdades de la Biblia resistirán el último gran conflicto». —*El Conflicto de los Siglos*, pp. 593, 594.

En un sentido muy real, las Sagradas Escrituras en su totalidad son el testimonio de Jesús y son un producto del Espíritu de Profecía. Esto es claro en Apocalipsis 19:10, que registra la respuesta del ángel cuando Juan cayó a sus pies para adorarlo. El ángel protestó, diciendo: «Mira, no hagas eso; yo soy consiervo tuyo, y de tus hermanos que tienen el testimonio de Jesús. Adora a Dios; porque el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía».

Pero además de la Palabra escrita, a lo largo de las edades pasadas, cuando el pueblo de Dios enfrentaba nuevos desafíos, pruebas o peligros, el Espíritu Santo inspiró a hombres y mujeres y les dio el «testimonio de Jesús» para satisfacer las necesidades únicas de la hora. Uriah Smith, conocido pionero del movimiento adventista, comparó el papel de estos profetas con el de un piloto que sube a bordo de un barco cuando se acerca al puerto de su destino. Mientras está en alta mar, el capitán, con su experiencia y pericia general, es capaz de guiar el barco con seguridad. Pero cuando el barco entra en el canal estrecho de un puerto extranjero, con rocas gigantescas posiblemente ocultas bajo la superficie del mar, el capitán reduce la velocidad de su barco y recibe a un piloto a bordo. Reconoce que la situación especializada requiere a alguien con habilidad adicional y conocimiento más completo de los peligros y desafíos que se avecinan. Al aceptar al piloto, el capitán coopera con el dueño del barco, quien arregló esta ayuda especial antes de que el barco comenzara su viaje. (Editorial en la *Review and Herald*, 13 de enero de 1863.)

Ayuda Especial en el Tiempo del Fin

Así, cuando la iglesia de los últimos días necesitó ayuda especial para enfrentar con éxito los ataques finales de Satanás, Dios dio visiones a una joven llamada Elena Harmon. Comenzando inmediatamente después del Gran Chasco de 1844, Jesús inspiró a la joven Elena para ayudar a Su pueblo a recuperar la confianza en la manera en que el Señor los había guiado. Ella se unió a ellos en el estudio cuidadoso de la Biblia, el «testimonio de Jesús» que Dios había provisto para los

buscadores de la verdad. A menudo pasaban noches enteras en oración y estudio, esforzándose por comprender la voluntad de Dios tal como se encuentra en las Escrituras. Y Dios los recompensó con luz adicional y un maravilloso sentido de Su presencia. Sin embargo, a veces, cuando el grupo no podía ponerse de acuerdo sobre el significado de un pasaje bíblico, Dios usaba a Elena para definir qué era error y qué era verdad. El resultado habitual era la unidad. En 1846, Elena se casó con Jaime White, un joven que había estado muy involucrado en proclamar la pronta venida de Cristo. Gradualmente, bajo la instigación del Espíritu Santo, Elena G. de White escribió los mensajes y consejos que recibió del Señor. Estos mensajes ayudaron a los primeros adventistas a evitar el fanatismo, a unirse en doctrina y organización, y a intentar alcanzar al mundo entero con el mensaje de Apocalipsis 14.

De su experiencia testificó: «El Espíritu de Dios reposa sobre mí con poder, y no puedo dejar de hablar las palabras que se me han dado. No me atrevo a retener una sola palabra de testimonio. . . . Hablo las palabras que me son dadas por un poder superior al poder humano, y no puedo, aunque quisiera, retractar ni una sola frase. En las horas de la noche, el Señor me da instrucción en símbolos, y luego me explica su significado. Él me da la palabra, y no me atrevo a negarme a dársela al pueblo». —*The 1888 Materials*, pp. 578, 579.

Durante su ministerio de 70 años, la Sra. White escribió aproximadamente 25 millones de palabras, lo que resultó en 100,000 páginas impresas. Sus escritos incluyeron cartas, diarios, libros y artículos en publicaciones periódicas. Entre sus obras más conocidas se encuentran *El Conflicto de los Siglos* y *El Camino a Cristo*, que ha sido traducido a más de 140 idiomas. Como era de esperar, el tema del primer capítulo de *El Camino a Cristo* es el gran amor de Dios por nuestro mundo y la raza humana. Tanto al escribir como al hablar, ella enfatizó este tema, señalando siempre a Jesús y Sus incomparables encantos como la mayor evidencia del amor de Dios. El tema general de sus escritos es el gran conflicto entre Cristo y Satanás, que comenzó en el cielo y ha aumentado en ferocidad aquí en la tierra. En línea con este tema, dejó claro que todo ser humano está involucrado en el conflicto. «Restaurar en el hombre la imagen de su Hacedor, devolverle la perfección con que fue creado, promover el desarrollo del cuerpo, la mente y el alma, para que el propósito divino en su creación pudiera realizarse: esta había de ser la obra de la redención. Este es el objeto de la educación, el gran objetivo de la vida». —*La Educación*, pp. 15, 16.

Con el anhelo de ganar almas y dar guía en el desarrollo del carácter, escribió libros sobre una amplia gama de temas: educación, vida saludable, vida familiar, templanza, evangelismo, historia sagrada, ministerio médico y otros temas que pudieran ayudar a avanzar la causa de la verdad y preparar a un pueblo para el regreso de Cristo.

A veces, los estudiantes de la Biblia comparan el movimiento adventista con la experiencia de Israel al salir de Egipto y viajar a la Tierra Prometida. En este contexto, citan Oseas 12:13: «Y por un profeta hizo subir el Señor a Israel de Egipto, y por un profeta fue guardado». Todos sabemos cómo Dios usó a Moisés para guiar a Su pueblo de Egipto a Canaán. Cada adventista debería conocer también la emocionante historia de cómo Dios usó a Elena G. de White durante las siete décadas de su ministerio, y cómo todavía la está usando hoy a través de sus escritos. Hay mucha verdad en la declaración que se repite comúnmente: «Sin Elena G. de White no habría iglesia adventista como la conocemos hoy». Dios sabía que Su iglesia de los últimos días necesitaría ayuda especial, y, como el gran Dador de dones que es, la proveyó en lo que los adventistas a menudo llaman el «Espíritu de Profecía».

Como la iglesia primitiva en la ciudad de Corinto, se puede decir de la iglesia remanente: «Gracias doy a mi Dios siempre por vosotros, por la gracia de Dios que os fue dada en Cristo Jesús, porque en todas las cosas fuisteis enriquecidos en él, en toda palabra y en toda ciencia, así como el testimonio acerca de Cristo ha sido confirmado en vosotros, de tal manera que nada os falta en ningún don, esperando la manifestación de nuestro Señor Jesucristo» (1 Corintios 1:4-7).

Al considerar el apóstol Pablo el don de Jesús y las maravillosas evidencias de la gracia de Dios en la iglesia de Corinto, exclamó: «¡Gracias a Dios por su don inefable!» (2 Corintios 9:15). Y hoy, al repasar el amor infinito de Dios y los innumerables dones que fluyen de ese amor, bien podemos tomar prestadas las palabras de Pablo y decir: «¡Gracias a Dios por sus dones inefables, especialmente el Don de Jesús y el testimonio de Jesús, que es el Espíritu de Profecía!»

Todas las citas bíblicas provienen de la Nueva Versión King James (NKJV), salvo que se indique lo contrario.